

"ABSTRAERSE DE MUCHOS CANONES": ANTOLOGIAS DEL CUENTO GUATEMALTECO

Daniel Balderston
Tulane University

Hugo Achugar, en un artículo en *Cuadernos de Marcha* llamado "El poder de la antología/la antología del poder" (1989), ha estudiado los diversos *Parnasos* hispanoamericanos para demostrar los vínculos íntimos entre los proyectos fundacionales políticos y las antologías literarias, reveladas como fuente importante de información sobre los debates en torno a las nuevas culturas nacionales en el siglo XIX. Beatriz González Stephan, en *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX* (1987), ha hecho el estudio paralelo de las historias literarias. Lo que quisiera hacer aquí es estudiar los procesos de "canonización" y los debates sobre la cultura nacional en las antologías guatemaltecas de la prosa, y sobre todo del cuento, guatemaltecos. Me limitaré por razones de tiempo a tres ejemplos esenciales de distintas épocas: *Cuentos de Guatemala 1952* (publicado en 1953), del Primer Certamen Nacional de Cuento, auspiciado por el Grupo Saker-Ti; la *Antología de prosistas guatemaltecos* de Amílcar Echeverría (1957; segunda edición 1968); y la *Antología del cuento guatemalteco* de Luis Antonio Díaz Vasconcelos (1984). Escojo estos textos de los doce que conozco (y de un número más considerable de antologías del cuento centroamericano) porque ejemplifican una diversidad de opiniones interesante sobre el papel de la antología en la definición de la cultura nacional.

La antología del Grupo Saker-Ti procede, como ya indiqué, de un concurso de cuento en 1952, y se publica en 1953, en la segunda fase de la revolución social que había comenzado durante la presidencia de Juan José Arévalo (1944-50) y que se agudizó durante la presidencia de Jacobo Arbenz (1950-54), año en que se produjo el famoso (e infame) golpe de estado del Coronel Castillo Armas con el apoyo de la CIA. El certamen lo ganó Augusto Monterroso con su cuento "Uno de cada tres", con los otros premios para Lola Villacor-

ta de Vidaurre (por "Escuela rural") y Rubén Barrera Avila (por "La rebelión de los descalzos"). La introducción, por Rafael Sosa, no se limita de modo alguno a presentar estos cuentos, y de hecho critica duramente a Monterroso, como veremos; es un manifiesto que aboga por una revolución cultural, para acompañar la reforma agraria y las demás medidas del gobierno de Arbenz.

Escribe Sosa en nombre del Grupo Saker-Ti del deber de "preocuparnos más por el destino de nuestra literatura" (7). Define la tarea de los cuentistas (y por extensión de los novelistas) de la siguiente manera: "En primer lugar, nuestros cuentistas deben ir a la vida, sin tropiezos ni vacilaciones. Pensar en que sólo dentro de ella es dable ser literato, ser cuentista. Insistir en que la realidad es la única fuerza fantástica del hombre, guía y todopoderosa". (11). Y explica:

La Revolución Guatemalteca que por fin va dejando de ser un movimiento reformista de pocas dimensiones para transformarse en una honda conmoción social que nos eche hacia adelante, dijimos ya, necesita ser llevada a la literatura y al arte, necesita ser salvada dentro de estos terrenos. Es preciso que nos demos cuenta de la etapa de donde nos vamos despegando y de la etapa a donde vamos llegando, transcurso dentro del cual, la reconquista de la tierra representa el hecho dinámico de la Revolución. Pero para el logro de esto, sólo hay un camino: el camino del realismo socialista. . . . Nuevamente afirmamos que sólo por los cauces del realismo socialista, nuestra literatura narrativa puede alcanzar un notable florecimiento en lo sucesivo. ¿Por qué? Porque sólo dentro de él se estará a la altura de comprender históricamente nuestro movimiento social, de saber que la fuerza dinámica que lo realiza es la fuerza de la clase trabajadora [sic], cada día más orientada hacia su liberación total, hacia el socialismo científico, vanguardia y juventud del mundo. (17-18)

Sosa ataca *El señor Presidente* de Asturias por su hermetismo (18), y le sugiere al joven Monterroso (primer premio en el certamen) que no es suficientemente "mayoritario en sus temas" (22). En la última frase de su prólogo, se describe a sí mismo como una especie de instrumento científico: "Esto ya hace falta en Guatemala: crítica objetiva que sirva como de luz guiadora —como termómetro— a nuestros escritores guatemaltecos" (23). Se hace evidente en estas citas que para Sosa la literatura —y toda actividad cultural— están supeditadas a la transformación social, pero que aún dentro de la actividad literaria existe un solo camino verdadero, el definido en Moscú por primera vez en 1932 (Terras, en Moser 492-93). Por lo que sabemos de su producción posterior, el joven Monterroso no parece haber aceptado los consejos de Sosa, y el camino estrecho del realismo socialista cayó en desuso poco tiempo después, aún en Moscú.

Apenas cuatro años más tarde, y tres años después del golpe de estado del Coronel Carrillo, Amílcar Echeverría publica la primera edición de su *Antología de prosistas guatemaltecos*, libro que sufrirá una segunda edición en 1968. (El mismo antólogo también será el responsable de una *Antología del cuento clásico centroameri-*

ricano en 1961, de la cual hay varias reediciones posteriores.) El cambio en el clima ideológico y cultural es notable, cuando se compara la antología de la prosa guatemalteca con la del Grupo Saker-Ti. El prólogo está a cargo del entonces rector de la Universidad de Guatemala, Hugo Cerezo Dardón, quien escribe que se debe "ir a la búsqueda de la valiosa cultura guatemalteca, a la recreación y reencuentro de lo nuestro" (1: 5). Cerezo critica el sistema educativo: "el desmesurado afán instructivo colocó al estudiante, niño, adolescente, joven, etcétera, frente a esqueletos, y como tales, faltos de la savia vital, intrascendentes. También es preciso considerar la falta —aún se hace notar— de fines claros establecidos a la educación nacional" (1: 5), y afirma: "el antologista . . . tiene no sólo el fin de solazar, sino el educar y entregar su contribución para una historia de la literatura, y . . . a la vez tiene el talento de no caer en lo mediocre" (1: 8). El antólogo, Amílcar Echeverría, profesor en aquella época en la Facultad de Humanidades de la Universidad de Guatemala, denuncia a los que lo precedieron, Miguel Marsicóvete y Durán y Carlos Alberto Mencos, porque "trabajaban esos días fatigosamente en los labrantíos prosísticos, pero castrando nada más las colmenas exquisitas del cuento" (Echeverría 1:18). Define una serie de "propósitos", siendo el número 11: "Aspira también esta Antología de Proistas Guatemaltecos, a un recóndito anhelo centroamericanista: como una contribución a la Antología Centroamericana. El día que nuestro Istmo supere sus mezquindades y pueda presentar ante la conciencia internacional un solo puño y un solo pecho de expresiones de arte y de dignidad" (Echeverría 1: 22).

Uno de los rasgos más notables de esta antología de Echeverría (y también de la otra, la del cuento centroamericano) es el formato programático de su introducción. Una y otra vez Echeverría proclama series de mandamientos, propósitos, etapas: para llegar al lector adolescente, para llegar al lector adulto, para guiar al burócrata gubernamental encargado de diseñar el sistema educativo, para guiar al crítico y al historiador de la literatura, y, claro está, para guiar al escritor, esperanzado de ser incluido en obras como ésta. En su retrato del lector adolescente, por ejemplo, escribe que el joven:

Enfrenta una lucha angustiosa con su desorientación cultural, situación precisa que puede ser aprovechada para la estructuración de su espíritu crítico. . . . Para la estructura de su pensamiento, necesita reactivos fuertes. El libro, entonces, puede proporcionar choques ideológicos importantes. El problema es de graduación: ni muy fuertes que le decepcionen ni muy débiles que no hagan impacto en su conciencia psíquica, cuya falta de voltaje no estimulará su raciocinio ni su poder creador. (1: 55)

En el "equipaje" del maestro de literatura: "Es necesario hacer conciencia del apostolado docente para seguir al estudiante en el curso de su evolución estética. Solamente así se estará en capacidad para decirle con certeza qué es lo que debe leer en determinado momento

y qué no debe leer en otras circunstancias" (1: 55-56). Las editoriales deben de conformarse a las metas nacionales de una juventud y una patria sanas:

las editoriales logran casi siempre una labor contraproducente. Unas veces por inmoralidad, cuando publican obras livianas y antihigiénicas que van contra la salud mental. . . . No tiene sentido el pensar de muchos maestros y de la mayor parte de padres de familia, que el joven deba leer lo menos posible, en vista del aluvión de lecturas intoxicadas que como una droga más, pasaron la etapa del clandestinaje y hoy se sorben en abierta estantería y en plena calle. Pasaría entonces lo de la alimentación. Se trata de ayudarle a escoger las lecturas sanas (que también las hay), para que en ellas se nutra abundantemente. (1: 57)

Siguiendo con la metáfora alimenticia, Echeverría declara: "La obra más interesante, será la que abarque mayores contenidos de cultura" (1: 58).

En la sección sobre el Ministerio de Educación y sus publicaciones, declara: "teniendo nosotros literatura y de magnífica calidad, porque no la conocemos o porque la menospreciamos, no la ofrecemos a nuestros alumnos incrementando sanamente el espíritu nacionalista a base de las lecturas, ejercicios, composiciones, comentarios, ficheros de analectas, de léxico, etcétera" (1: 64). Debe de notarse que sus antologías se publican con el sello y la subvención de dicho ministerio, es decir que parecen gozar de la aprobación oficial por su forma de nacionalismo cultural, y de continuar gozando de esa aprobación en las décadas siguientes (o eso parecería ser una conclusión razonable del hecho de constantes reediciones).

Hacia el fin de su introducción Echeverría pasa a una sección dirigida al educador de adultos: "simultáneamente con las leyes fundamentales y de trabajo que como obrero y ciudadano debe conocer, es necesario ofrecerle una serie de lecturas de escritores nacionales que le reafirmen su conciencia nacional. . . . La dietética recomendable, es entonces a base de fragmentos escogidos por lo menos dos o tres de cada autor, para saturarle mejor de su estilo e ir formando su capacidad crítica" (1: 68). Este alumno adulto, de formación proletaria evidente, debe de abstraerse de la lucha de clases y los debates políticos: "que las pasiones políticas lleven a tal grado de pequeñez los criterios, que se purguen por sospechosas obras científicas, artísticas, pedagógicas, etcétera, que no pueden faltar dentro de la estructuración cultural de un pueblo que no quiera permanecer a la zaga" (1: 69). Queda claro que la antología de Echeverría tiene como su propósito principal el proponer un canon literario nacional que no esté reñido con estos años de mano dura, disciplinamiento moralizante y control de la población. No en vano una de las secciones de la introducción reza así, en mayúsculas: "ESTA ANTOLOGIA DE PROSISTAS GUATEMALTECOS, SE ABSTRAE DE MUCHOS CANONES DE TIPO CLASICO" (1:49). Prima más el criterio

nacionalista que el criterio literario en la selección y en la presentación del material.

La Antología del cuento guatemalteco de Díaz Vasconcelos, publicada en 1984, se diferencia de la de Echeverría por su insistencia en que la literatura refleje la realidad, aunque sin el esquematismo del Grupo Saker-Ti. Escribe Irina Darlée en su prólogo al segundo tomo:

En la antología de Luis Antonio Díaz Vasconcelos no se trata de "estatuificar" ciertos autores de fama consolidada, sino de aquilatar la obra de los narradores guatemaltecos que reflejan el problema y el espectáculo, la esperanza o el sufrimiento de su país. El legado literario de una centena de cuentistas ofrecen no cabe duda, una visión histórica de su época, de su geografía y del mundo ideológico y psicológico que forma su entorno. (2: 5)

Sigue primando cierto nacionalismo cultural, sin embargo: "este valioso libro, cuyo propósito es divulgar los valores culturales de Guatemala" (Darlée 2: 5). Otra escritora, Argentina Díaz Lozano, en su prólogo al primer tomo, caracteriza la selección como una creencia que "cada cuento, bueno, excelente o regular, revela un jirón del alma colectiva guatemalteca, un aspecto humano, un matiz ambiental o étnico" (1: 5).

El antólogo, en el último párrafo de su nota al final del segundo tomo, comenta su agradecimiento:

por haber tenido la dicha y el honor de haber sido objeto de estimación y distinción de dos plumas femeninas, insignes personajes de nuestro mundo literario femenino: Argentina Díaz Lozano e Irina Darlée, quienes cariñosamente se prestaron para redactarnos los dos prólogos que adornan y enaltecen estas páginas de cuentistas guatemaltecos. Pocas son las frases que podemos pronunciar para agradecer a tan insignes literatas, que honraron nuestras pálidas páginas de esta seudo antología; pero deben tener la seguridad de que nuestro agradecimiento se moja en el más inolvidable recuerdo eterno. Que Dios se los pague a tan insignes mujeres, que con toda simpatía, con toda buena voluntad, con todo desprendimiento, nos honraron con sus bellos prólogos que adornan el primero y segundo tomo, respectivamente. Mil gracias, Argentinas y mil gracias, Irina, ¡Qué Dios se los pague! (2: 504)

La antología de Díaz Vasconcelos está organizada según un criterio muy diferente de las otras dos que hemos comentado aquí. Por ser de dos tomos (y una total de casi novecientas páginas), el espacio que dispone es suficiente para abarcar una centena de autores, aunque acaba por incluir a ciento dos (o, mejor dicho, ciento tres con la inclusión de cuentos de su propia autoría). Dice que incluyó a cualquier guatemalteco vivo (la que abre la antología es Teresa Arévalo, una de las hijas de Rafael Arévalo Martínez) que hubiera escrito cuentos, y aclara que dice "escribió" y no "publicó" (aclaración que no aclara todo, ya que no sabemos quienes son estos cuentistas hasta ese entonces inéditos). Añade: "es muy necesario recalcar con el propósito de una mejor y efectiva recepción, de parte

del público, que en el escogimiento de los escritores no hubo regateo de ninguna clase, bastó con que el personaje tuviera algunos cuentos concebidos —fijarse que digo concebidos y no publicados—, para que el umbral de esta pseudo antología se abriera con cariño, amplitud e interés” (2: 500). Además, todo guatemalteco es cuentista en potencia (aunque se nota en el índice de los dos tomos una ausencia de apellidos indígenas): “el criterio prevaleciente [es] que quien escribe un cuento, dos, o tres más, es un cuentista y en un recuento general, como el que se hizo en estos renglones, tiene sobrado derecho a ocupar un puesto, donde no hay ni hubo calificación de calidad. Todos podemos llamarnos cuentistas” (2: 501). Repite un reparo que le hizo un amigo: “Sobre esta cuestión antológicamente, muy al principio, hubo algunos amigos que con buena intención nos hicieron la observación que era incorrecto o atrevido calificar el recuento con el calificativo de antología, hubo alguien que nos dijo que quizá sin un espíritu selectivo la recopilación que intentábamos o pretendíamos realizar, resultaría quizá una guía telefónica sin teléfonos” (2: 502), aclaración que justifica tal vez la ausencia de autores obreros, campesinos e indígenas, ya que tampoco aparecerán en la guía telefónica.

Esta última antología linda, por lo visto, con lo absurdo, ya que es de antemano imposible incluir en dos tomos la totalidad de la producción narrativa moderna de un país, por pequeño que sea. Las otras dos comentadas aquí proponen hacer cortes de tipo ideológico más que estético, pero Díaz Vasconcelos parece querer evitar omisiones —siempre que no sean la omisión no planteada de la mayoría de la población del país, por no participar en los cenáculos, colegios y otras instituciones frecuentados por el antólogo. Se llega a través de la lectura de Echeverría y Díaz Vasconcelos a apreciar mejor el furor ideológico pero también la sinceridad de Rafael Sosa en su presentación de la antología del Grupo Saker-Ti. Antología que censura —pero que publica— uno de los primeros textos de Augusto Monterroso.

BIBLIOGRAFIA

- Achugar, Hugo. “El poder de la antología/ La antología del poder.” *Cuadernos de Marcha* 5.46 (1989): 55-63.
- Balderston, Daniel. *The Latin American Short Story: An Annotated Guide to Anthologies and Criticism*. Westport: Greenwood Press, 1992.
- Díaz Vasconcelos, Luis Antonio. *Antología del cuento guatemalteco*. Introd. Argentina Díaz Lozano e Irina Darlé. Guatemala: Ministerio de Educación, 1984. 2 tomos.
- Echeverría, Amílcar. *Antología de prosistas guatemaltecos: cuento, novela, leyenda, tradición*. Introd. Hugo Cerezo Dardón. 1957. Segunda edición: Guatemala: Editorial José de Pineda Ibarra, 1968. 2 tomos.
- González Stephan, Beatriz. *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*. La Habana: Casa de las Américas, 1987.

- Monterroso, Augusto, et al. *Cuentos de Guatemala 1952* Introd. Rafael Sosa. Guatemala: Ediciones Saker-Ti, 1953.
- Moser, Charles A., recop. *The Cambridge History of Russian Literature*. Edición revisada. Cambridge: Cambridge University Press, 1992.